

REVISTA DE DERECHO

PUBLICADA TRIMESTRALMENTE POR LA
FACULTAD DE CIENCIAS JURIDICAS Y SOCIALES DE LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION
Y EL COLEGIO DE ABOGADOS DE CONCEPCION

DIRECTOR: ORLANDO TAPIA SUAREZ

Direc. y Administración: ESCUELA DE CIENCIAS JURIDICAS Y SOCIALES

AÑO XVII CONCEPCION, (Chile), OCTUBRE - DICIEMBRE DE 1949 N.º 70

INDICE

VITTORIO EMMANUELE ORLANDO

El Abogado (Conclusión) 435

RAMON DOMINGUEZ BENAVENTE

La filiación en el Proyecto que propone diversas modificaciones al
Código Civil Chileno (Conclusión) 445

HECTOR BRAIN RIOJA

Observaciones al Proyecto de Reforma del Código Penal Chileno
(Continuación) 463

Vigésimo-quinto aniversario de la Legislación Social Chilena ... 475

Jornadas de Ciencias Penales 495

COLEGIO DE ABOGADOS DE CONCEPCION

Extracto de las sesiones del H. Consejo Provincial correspondientes
al segundo semestre de 1949 501

JURISPRUDENCIA

Corte Suprema

Juicio de Hacienda 509

Corte de Apelaciones de Concepción

Terminación inmediata de Contrato de Arrendamiento 585

Rendición de Cuentas de Gastos 591

Guía Profesional I

VITTORIO EMMANUELE ORLANDO

E L A B O G A D O

(Conclusión)

Decía un presidente de una Audiencia a uno de los mejores abogados de su foro: "¿Por qué siempre, de algún tiempo a esta parte, maestro, defendéis causas malas?" Y el abogado le contestó: "Señor presidente, es desde que vos me hacéis perder siempre las buenas". A través del aparente escepticismo de semejantes argucias hay un fondo de innegable verdad, y es que después de un largo litigio y de un ardiente debate analítico, hasta después del juicio solemne de un expertísimo magistrado, puede quedar una duda cuando se trata de determinar cuál es la justa decisión de aquel caso dudoso. Y, efectivamente, un manómetro puede indicar al maquinista la presión necesaria de la caldera, una balanza puede dar al químico una equivalencia casi perfecta del peso, los rayos X pueden denunciar al patólogo la lesión interior de un órgano, pero ¿qué mecanismo o radiación podrá distinguir la verdad del error cuando la distinción está basada en un juicio humano y, por lo tanto, falible? Y si se trata de juzgar de las acciones humanas, de los intereses, de los sentimientos, ¿quién podría medir con seguridad la naturaleza y la eficacia de esas fuerzas, más o menos misteriosas, por las que una voluntad se determina en una cierta manera para atribuir la severidad de una sanción, la indulgencia de un perdón, la exaltación de una alabanza? En verdad

debemos decir que, en el mundo moral en que se cumplen y se juzgan los actos humanos, áspero y fatigoso es el camino a recorrer para encontrar esa solución que debe buscarse necesariamente a través de vacilaciones que no tienen tregua, de inquietudes que no dan paz; y tiene también su lado de humana belleza esta batalla donde la duda se afronta y es perseguida y rodeada por todas partes para llegar a deducir un juicio que tenga las menores probabilidades de error. Esta es la discusión; es decir, la fuerza más poderosa y el auxilio más enérgico del intelecto humano en la tormentosa búsqueda de la verdad, entre contrastes éticos y psicológicos. A la discusión debe el hombre sus más grandes conquistas civiles: ella ha hecho posible la gallarda afirmación y la difusión victoriosa de los principios por los cuales la humanidad ha podido marchar de las tinieblas de la barbarie a la luz de la civilización; principios que iluminan la mente y la conciencia de un hombre que busca reunir en torno a él la más larga adhesión de consentimientos y se esfuerza por hacerlos triunfar con la bondad del raciocinio, con la virtud del sentimiento, con la fuerza de la palabra. Ahora el abogado es, por excelencia, el hombre de la discusión; éste es su tormento, pero éste es también su título de nobleza.

El largo razonamiento nos empuja y vosotros podéis considerar cómo no era artificio retórico el mío cuando en el exordio advertía las dificultades que se derivan de la extensión del tema. En efecto, nosotros hasta ahora hemos podido tocar solamente —¡y cuán sumariamente!— algunos de los aspectos de aquella que sería la introducción general de nuestro asunto, aunque también es verdad que las mismas consideraciones hechas hasta ahora presentan espontáneas relaciones naturales con nuestro **tema específico**. Por ejemplo, cuando revelábamos como condiciones propias de la actividad del abogado la fraternidad y la igualdad, aparecían éstas como dos términos de un trinomio que se hizo famoso en la revolución de 1789, aunque sus raíces mucho más remotas y profundas, pero con un espíritu distinto, derivan de la predicación de Cristo. De todos modos, nos urge dirigirnos directamente al punto que nos propone esta conferencia como blanco y fin. "El abogado de cara a Cristo" y, por ende, en relación con Sus ejemplos, Su doctrina, Su palabra divina. Formidable tema que, a tra-

EL ABOGADO

437

vés de los nexos que presenta, puede llegar hasta las más excel-sas esferas del espíritu; pero al mismo tiempo nos damos cuenta en seguida de una correspondencia que, aun cuando a primera vista sea sólo nominal, constituye para nosotros una razón de valentía no ofuscada por alguna reserva; quiero decir con esto que la función nuestra, y aún más, hasta el título mismo con que viene designada, pueden ser atribuidos directamente a Jesús, según Juan en el capítulo II de su Epístola primera: "Si quis peccaverit, advocatum habemus apud Patrem, Jesum Christum justum". ¡Cuánta grandeza en las imágenes de esta multitud inmensa de pecadores que encuentra en Jesús al abogado cerca del Padre! Es un abogado en nombre de la justicia —Christum justum—, con lo cual el pecador sabe que no se le hará ningún entuerto, aunque para su salvación necesite la ayuda de otra virtud, que invoca y obtiene el perdón hasta cuando se tiene el poder y el derecho de castigar: la misericordia. Y misericordia brilla en los mismos ojos de la Madre de Jesús, con lo que la oración que la saluda Reina y Madre de Misericordia, la invoca y adopta también como "Advocata nostra".

De esta comunión de títulos y de nombres que aproxima la función del defensor a los atributos divinos, pasemos ahora a las relaciones sustanciales partiendo de la que consideramos ya como fuente originaria, también inmediata, de la actividad del abogado, que es la idea del Derecho en su momento dinámico; es decir, como potencia coercitiva que impone las reglas del vivir social y resuelve los conflictos entre intereses y pasiones en pugna. Pues cuando esta potencia, en su ejercicio concreto, se considera "cara a Cristo", hemos de meditar antes cuán formidables son los problemas que se le plantean, ya que la Iglesia comprende en sí todo el universo perfecto y en él, por lo tanto, encontramos toda armonía y todo contraste.

Así parecería, por un lado, que la pura disciplina jurídica de las facultades y de las obligaciones difícilmente puede conciliarse con algunos pasajes del Sermón de la Montaña. Pero ese choque no se establece con el Derecho en cuanto facultad renunciable, sino sobre todo con esa filosofía que califica como un deber, también en el orden ético, el pretender y obtener el cumplimiento de las obligaciones. Por lo demás, Jesús ha distinguido claramente lo que se

debe al César y lo que se debe a Dios, y la misma conclusión del divino sermón advierte que todo aquel que cumpla fiel y enteramente todos los preceptos estará junto al Padre; esto es, situado ya en una esfera ultraterrena. Por otra parte, si una idea cristiana por excelencia es la de la caridad, no lo es menos la de la justicia; dos ideas que no pueden confundirse ni separarse, siendo la justicia una condición inseparable de la caridad, porque asegura la libertad, sin la cual la caridad misma se transformaría en un opresión maléfica. Basta con indicar simplemente estas cuestiones que, aparte de complejidad y austeridad, se adaptan menos al carácter de nuestro estudio, y debo confesarlo, sobrepasan los límites de mi preparación; con lo que al tratarlas aquí de una manera incidental me expondría, no sin razón, a una de las acusaciones que ordinariamente se dirigen contra los abogados: la de hablar de todo con improvisación superficial y con ligereza presuntuosa.

Pero otros encuentros más sencillos e inmediatos nos ofrece la vida misma del Divino Maestro en algunos aspectos que más íntimamente se aproximan a El. Así Jesús nos aparece en seguida dedicado al estudio de la Ley, en la que se hace expertísimo muy pronto; y si es verdad también que se trata del texto sagrado, éste no dejaba de dar lugar a una técnica sustancialmente igual a la de toda fuente de derecho, con la que una norma se declara, se interpreta y se aplica a un caso particular. Fué a este propósito la prodigiosa manifestación de la adolescencia de Jesús, de la que solamente ha llegado a nosotros la noticia de que rompió el período de misterioso silencio mantenido durante treinta años, período de la vida oculta en la que se prepara para el cumplimiento de su misión. Cuando apenas tenía doce años, la Madre angustiada por el temor de haberlo perdido lo encuentra en el templo discutiendo con los Doctores, y "todos aquellos que lo escuchaban se admiraban de sus saber y de sus respuestas". Se trataba, pues, de un debate con objeciones y réplicas, esto es, en la forma típicamente propia de la técnica forense. Por lo demás, considerando bajo este aspecto todos los años de la vida activa de Jesucristo, la veríamos como un inmenso proceso, que implica un debate continuo entre la palabra nueva y la vieja tradición degenerada, de la que había que triunfar. Grande es la causa que Cristo defiende, pero también son indómitos los abogados de la otra causa, los fariseos cultos,

EL ABOGADO

439

y bien educados en la escuela del sofisma y en aquella manera de interpretación rigurosa, pero estrecha y mezquina, a la que precisamente se le da la calificación especial de "judaica". Todo el período de la predicación evangélica representa esta gran batalla exegética que tiende a avivar la Ley por medio de su espíritu y no a sofocar a éste con la letra.

Hay que reconocer que, generalmente, Jesús esquivo la polémica en forma de pura dialéctica. El se enfrenta y quebranta a sus opositores con otros medios, y especialmente con la parábola, en la que el tema de convicción se presenta como el alma de una realidad humana. Sin embargo, en algún caso Cristo no rehusó servirse de las armas de los adversarios, esto es, con los medios de la pura lógica, con el uso de argumentos agudos y sutiles. Puede citarse como ejemplo el episodio del endemoniado. En aquel mismo capítulo XI que comienza con la enseñanza de la oración del Padre nuestro, recuerda San Lucas cómo a Jesús le fué presentado un endemoniado y cómo fué curado públicamente por El, con lo que las turbas se maravillaron. Y, entonces, algunos que estaban entre ellas, probablemente los fariseos y los escribas presentes, no pudiendo negar el hecho, dieron de él una maligna explicación diciendo: "El puede expulsar los demonios porque obra en nombre de Belcebú, príncipe de los demonios". Pero Jesús, que comprendió su pensamiento, les dijo: "Todo reino que está dividido en sí mismo, se arruinará. Si el reino de Satanás estuviera dividido, ¿cómo podría éste sostenerse? Puesto que decís que yo expulso los demonios en nombre de Belcebú, si, por el contrario, yo arrojo los demonios en nombre de Dios, esto quiere decir que está junto a vosotros el reino de Dios".

Esto es un caso típico del argumento dialéctico que se llama "ad hominem", ya que con él se confunde al adversario, embarazándolo con sus mismas palabras. Vencer a un demonio en nombre de otro, es decir, poniendo un demonio contra otro, habría significado, efectivamente, que el reino de Satanás estaba dividido y, por lo tanto, destinado a caer. Pero, puesto que esto no podía ser querido por Satanás y no era tampoco posible combatir a Satanás en nombre de Satanás, era preciso admitir que, habiendo sido arrojados los demonios, la victoria había sido alcanzada en nombre de Dios.

Más aún, hay otro episodio en el cual sentimos a Jesús todavía más cerca de nosotros en cuanto El asume entonces un deber que bien podría definirse como el de defensor de una acusada, episodio conservado solamente por San Juan, al que muy probablemente le llegó por la tradición oral; una verdadera joya que resplandece de luz eterna en la relación del evangelista. Había pasado Jesús la noche sobre el monte predestinado para que él comenzase la Pasión; al alba había regresado al templo, donde, cautivado, amaestraba al pueblo. De pronto, una multitud irrumpe, y en medio de ella, arrastrada, llega una mujer, sorprendida en un acto de adulterio. Mezclados entre aquella muchedumbre había muchos escribas y fariseos a los cuales parecía que se les presentaba la ocasión incomparable de poner a prueba a Jesús, de la que saldría en todo caso comprometido o achicado. Puesto que la Ley mosaica castigaba el adulterio con la muerte, debía el llamado Maestro o negar los principios divulgados de caridad, de bondad, de perdón, cooperando también con su asentimiento a la muerte de aquella mujer, o debía negarse a la observancia de la Ley y dar así base a una acusación largamente premeditada y cuyo epílogo había de ser el Calvario. Y gritaban: "Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en adulterio. Puesto que Moisés en la Ley nos ha mandado apedrear tales personas, tú, pues ¿qué nos dices?". Jesús, inclinándose un poco, escribía con el dedo sobre la tierra, con lo que los demás, creyendo que quería sustraerse a la insidia, vociferaron insistiendo. El se levantó entonces y les dirigió el famoso apóstrofe: "Aquel de vosotros que esté limpio de pecado, que tire la primera piedra". Después, volviendo a inclinarse, siguió escribiendo en la tierra. Pero los demás, oído esto, se marcharon uno detrás de otro empezando por los más viejos, de modo que Jesús, levantándose, le preguntó: "Mujer, ¿dónde están tus acusadores? ¿Ninguno te ha condenado?" "Ninguno, Señor" —respondió ella—. "Pues bien —añadió Jesús—, yo tampoco te condeno: vete y no vuelvas a pecar más".

Sublime episodio en que se afirma aún más aquel carácter divino de todo acto, palabra o pensamiento de Jesús, que consiste en la universalidad de las relaciones y de las aplicaciones. El valor de este episodio domina horizontes de vida moral y religiosa que ciertamente exceden en mucho los límites de nuestro argu-

EL ABOGADO

411

mento; pero queriendo por una razón que llamaré sistemática, aislar de él aquella parte que toca más inmediatamente alguna de las cualidades propias del abogado, paréceme admirable la primera con que Jesús evitó el doble peligro a que le exponía la astucia abogacil (en el sentido peyorativo del vocablo) de sus adversarios, con la que hubiera salido comprometido tanto si hubiese adoptado una actitud de severidad como de indulgencia. La mujer fué salvada porque sus mismos acusadores no osaron desobedecer a la llamada de sus conciencias, y la autoridad de la ley no fué subvertida, sino reafirmada por Jesús, cuando le hizo la advertencia final de "no pecar".

Aislado así el medio, casi diría de técnica defensiva, de que Jesús se sirvió, es bastante significativa la imitación que debía hacer de ella dieciocho siglos después Berrver, uno de los más grandes abogados del siglo XIX. Cuando él, muy ardiente realista ya entonces, esquivando las iras y las amenazas del Terror blanco había defendido magníficamente a Cambronne, el héroe del último combate, y había aceptado después, con no menos valor, defender al que debía ser Napoleón III después de fracasado el movimiento insurreccional de Boulogne, dirigiéndose audazmente a los acusadores les apostrofó así: "Meted la mano en vuestras conciencias y aquel de vosotros que ante Dios y ante la Patria diga: si este joven hubiese acertado yo lo habría negado; a éste es al único al que aceptaría por juez". Y puesto que de aquellos jueces, una gran parte había hecho tres o cuatro juramentos de fidelidad a regímenes diversos y los había traicionado a todos, la sala debería haber sido abandonada empezando por los más viejos; pero quien los interpelaba no era un Dios que leía en las conciencias, con lo que esta vez la causa se perdió aunque fuese idéntica la técnica defensiva adoptada.

Volviendo a la narración de aquel episodio bajo otro aspecto, recordaréis por la lectura del pasaje que Cristo aparece escribiendo sobre la tierra, antes y después de haber pronunciado la frase sublime. Pues bien, esta es la única vez en todo el Evangelio en que Jesús está representado en la actitud de escribir. Los comentaristas han dado varias explicaciones. Según San Jerónimo, Cristo habría tomado nota de los pecados de los presentes; pero ¡eran tantos! Ricciotti, autor de una reciente vida de Jesús muy estima-

da, supone que trazaba rasgos, pero en el texto dice con palabras precisas: *scribebat*. Se puede creer en general que el acto de escribir tendiese a demostrar entonces una perfecta serenidad de espíritu hacia los provocadores; demostración de serenidad de la cual todavía los abogados se sirven alguna vez con medios parecidos, contra sus adversarios. La humanidad no conocerá nunca el contenido de este único escrito que se recuerda de Jesús, el cual, por otra parte, demostró no querer que fuese conocido puesto que escribió en la tierra, talvez sobre la arena donde toda señal se borra y desaparece. Y esto para que el único instrumento de la predicación evangélica fuese la palabra. ¿No fué el más sorprendente de los milagros de Jesucristo: que la palabra de este oscuro hebreo nacido en una pequeña e ignorada localidad del inmenso Imperio de Roma, palabra recogida por los Apóstoles, plebeyos y analfabetos en gran parte se haya extendido por el mundo, produciendo en la humanidad la más formidable revolución del pensamiento y de la fe, rescoldo de un foco inextinguible? No quiero ni me atrevo a elevarme a la contemplación de la Palabra consustancial, de aquel Verbo que se ha encarnado. Me restrinjo a la palabra en el sentido puramente humano y también el más característico de la naturaleza humana: la palabra, que es el mismo tiempo respiro vital del entendimiento y espejo de reflexión de la conciencia. "Alada" es el epíteto con que Homero la designa y en verdad, como aparece a la soñadora imaginación de aquellos espíritus niños, tal es: pájaro maravilloso que vuela libre en el aire y lo hiende y se levanta cada vez más, hasta alcanzar las regiones etéreas de la poesía y del espíritu. Arcano portentoso es éste con su sonido que sabe encontrar correspondencia y ecos en las mentes y en los corazones, a la que acrecientan en energía y alma dos auxilios poderosos: de un lado el gesto, que hace visible la transmisión del pensamiento; de otro el acento que sube, desciende, se reposa, se interrumpe bruscamente, y de improvviso se reanuda; y cada uno de estos movimientos corresponde a una emoción y la manifiesta y transmite. Así, sólo la palabra puede explicar el ímpetu de entusiasmos que llegan hasta el sacrificio, al delirio de fe, que no temen ni a la misma muerte y aún la consideran como una felicidad suprema. Tal fué la palabra de Cristo, transmitida después por sus Apóstoles. Desde hace dos milenios

EL ABOGADO

443

el mundo subjuzgado la escucha confesada por los mártires, con un nuevo vigor adquirido por las persecuciones, triunfantes en la fe. Nosotros también usamos la palabra como instrumento de nuestro arte, modestos artesanos o humildísimos obreros; pero, por inmenso que sea el abismo que la separa de la augusta nobleza de aquélla, es también siempre la palabra lo que, como un hilo sutilísimo, enlaza nuestro arte con el mismo medio de que el divino Maestro se sirvió para su predicación y ello hace más solemne el deber nuestro de no ensuciarla en la adulación de los poderosos y de no venderla como una mercancía que sirva a viles disímulos, a descarados sofismas, a denigraciones hipócritas y a agresivas insolencias.

Pero pasando a otros aspectos, en los que se coordina con el ejercicio de una función de justicia —Jesus Christus advocatus justus— una función de caridad, consideremos en qué sentido y de qué modo la actividad del abogado puede acercarse a Cristo, en cuanto caridad y amor al prójimo. Para ello leamos otra admirable parábola, la del buen Samaritano, en la que ya nos advirtió Jesucristo cuál es el carácter más propio de aquel prójimo con cuyo amor se ejercita la caridad. No se trata solamente del principio fundamental con el que Jesús franqueó el estrecho círculo que encerraba la solidaridad humana en el límite de la tribú, de la ciudad o del pueblo, para sustituirla por la ley de la confraternidad humana en cuanto que todos los hombres descienden de un único Padre. Prójimo es así el extranjero y el amor se extiende incluso al enemigo. Pero esta es una categoría general junto a la cual el carácter de prójimo se especifica todavía más en la parábola del Samaritano, desde el momento en que nos enseña que es más íntimamente prójimo quien tiene más necesidad de nuestro amor: en una palabra, quien sufre. Ya hemos indicado en principio cómo el litigio puede, en algunos casos reflejos, considerarse como una enfermedad social no solamente en cuanto ella misma pone o supone uno más débil que se defiende contra otro más fuerte, —un oprimido contra un opresor— sino porque el litigio mismo ejerce sobre los ánimos un proceso de degeneración psíquica, hasta el punto de que con frecuencia el litigante acaba por ser un enfermo en el sentido clínico de la palabra, sujeto a las más peligrosas manías y fobias. ¡Cuántas veces la premura defensiva

de un abogado debe ante todo ser dirigida hacia el mismo cliente, para confortarlo en los excesos de depresión y de desaliento, para impedirle realizar propósitos de represalias y de venganzas, para ponerle en guardia contra sus mismos extravíos!

Se me ha ocurrido pensar muchas veces que la actividad del abogado tiene relaciones íntimas con la misión del confesor; y si las paredes del despacho de un abogado pudieran repetir todo lo que ha oído, en seguida descartaría la semejanza con lo que pudiera contar la rejilla de un confesionario. Todas las tragedias, todos los dramas, todas las novelas, que parecen creaciones poderosas, pero arbitrarias de la ardiente fantasía de grandes escritores se repiten y son traídas de la realidad de la vida, desde el furor trágico de un Orestes o la sutil perfidia de un Yago, a la ferocidad usurera de un Shylock. Todo está allí representado: los vicios y las virtudes, la audacias y las bajezas, la codicia del avaro y las disipaciones del pródigo, las pasiones con todas sus aberraciones, los sacrificios con toda su nobleza; pero en el fondo del drama hay siempre un corazón que palpita, un alma que sufre. Así, por encontrar un término de comparación, la mente recurre al oficio del confesor, que es considerado como un juez, como un médico y como un padre: juez en cuanto debe discernir las equivocaciones y hacer que la oscuridad de la ignorancia o de la pasión sea iluminada por la luz de una recta conciencia; médico en cuanto cura los males del alma y da el remedio saludable de una palabra de consejo y de esperanza; padre, sobre todo, en la misión suya de asistir, de ayudar, de consolar. Considerando estas semejanzas, hay que preguntarse si la actividad del abogado no podría ser considerada bajo este aspecto como una verdadera misión, capaz de constituir el fin de una orden religiosa, o cuando menos de una congregación del género, de las Obras de misericordia, como la de visitar a los presos, consolar a los afligidos, dar buenos consejos a quien los necesita y otras similares.

Aquí surge, sin embargo, el obstáculo que no sólo se opone a una calificación religiosa semejante, sino que la excluye como cosa que si no deshonra, al menos no honra: el abogado es pagado. Con su exquisita sensibilidad previsora advirtió la Iglesia muy pronto todas las tentaciones maléficas y todo el peligro a que estaba expuesto el abogado por causa de la remuneración y el des-

EL ABOGADO

445

crédito de la maledicencia que de ello se derivaba, por lo cual uno de los Concilios lateranenses se apresuró a prohibir a los clérigos el admitir la defensa de los laicos. Y en verdad no puede negarse que la idea de una recompensa se presenta a la pura concepción de lo que es la función del jurista, casi como una simonía; tal apareció, en efecto a aquellos romanos antiguos para quienes la religión y el derecho, el "fas" y el "Jus" estuvieron al principio confundidos entre sí. Pero tampoco entonces pudo evitarse la degeneración y un Tácito embistió contra aquellos que hacían de la elocuencia, "*Regina bonarum artium*", sórdida mercancía; más tarde Apuleyo habla de los abogados como de "enrédadores togados", y cuando llegamos a los glosadores es del buen Accursio esta fórmula conciliadora: el abogado no pretende nada, pero acepta lo que se le da, como, por ejemplo, un par de capones: "ut puta par caponorum". He aquí, en efecto, el punto en el que puede encontrarse la delicada conciliación entre la compensación lícita de un trabajo del cual también se vive y las deformaciones de una censurable codicia. En los foros de gran tradición el más eficaz freno a toda clase de excesos procedía de las costumbres, reforzadas por la autoridad del Colegio; con lo que, sin que hubiese una prohibición expresa, no ayudaba a la fama de un abogado el perseguir judicialmente a un cliente suyo, y es más, algún caso o por su repetición o por su gravedad podía dar lugar a una intervención repressiva de los representantes del mismo Colegio en nombre de su función esencial, que era la de mantener siempre en alto el prestigio de la clase, ya que en la autoridad, en la libertad y en la independencia de la Corporación residen las condiciones inseparables de su nobleza profesional.

Es cierto, de todos modos, que no sólo en este sentido de la retribución, sino también en otros no menos delicados (por ejemplo, en el de hasta qué punto pueda justificarse una reacción contra la mala fe del adversario), la profesión del abogado está expuesta a tentaciones peligrosas y continuas, a las que la fragilidad humana no resiste siempre de una manera adecuada. Lo que reafirma por un lado esta misma nobleza profesional nuestra, ya que tanto más brilla la virtud cuanto más duro es el estado de lucha moral en que ella se ejercita —y lucha moral ¿qué significa si no resistencia a las tentaciones del mal?—; pero, por otro lado, nin-

guna defensa mejor puede encontrar el abogado contra tales extravíos que tener siempre vivo y dispuesto el espíritu animador de su actividad, al ejemplo de Cristo. Insistiendo en la analogía con la función del confesor, ha de concluirse que mientras que en el tribunal de la penitencia el confesor cumple su ministerio con el ejercicio de la divina potestad de perdonar los pecados, para el abogado comienza entonces la lucha que debe sostener a través de una solidaridad que ha de adoptar, para que las esperanzas y las ansias de su defendido, la alegría y la pena, se hagan esperanzas, ansias, alegría y pena suyas también.

Acepta, pues, un puesto de combate con todas las obligaciones de un soldado: se comprende ahora que en tal función la cualidad dominante sea el valor. Esto fué advertido con la intuición propia de su genio por Alejandro Manzoni, que fué también un eminente tratadista de moral católica. Cuando quiso crear una de esas figuras que se han hecho inmortales para el arte, en la que se representase el tipo de un abogado indigno y despreciable, no eligió al abogado codicioso, sino al abogado vil. La remuneración de los cuatro pollos llevados por Renzo, había sido aceptada como suficiente por el doctor Azzeccagarbugli, tan atrofiada estaba en éste la vena de las consultas; pero apenas Renzo en su laboriosa exposición de los hechos alude a "aquel poderoso Don Rodrigo", el doctor se levanta en una negativa absoluta e inexorable. Verdaderamente, como la función del abogado presupone siempre un estado de contraste, de lucha, de batalla, decimos y repetimos que la cualidad esencial que debe corresponderle es el valor. Aceptada una causa el defensor tiene que estar dispuesto a afrontar a las potencias intimidadoras que puedan contraponérsele y que adoptan las formas más variadas, desde la violencia de los poderosos del dinero, las pasiones desencadenadas y los volubles caprichos de las multitudes, al servilismo de los funcionarios o el cauto ostracismo de la sabiduría oficial y bien pensada. Podría citar innumerables ejemplos históricos, en los que esa esencial virtud del valor del abogado en el cumplimiento de su deber alcanza las cimas más excelsas del heroísmo, desde el defensor de Luis XVI, guillotinado también, hasta el defensor de María Antonieta, arrestado por los gendarmes en el momento mismo en que daba fin a su discurso. Resplandece esta fundamental cualidad del

EL ABOGADO

447

valor en las tradiciones de nuestro foro con los grandes nombres de Juan Domingo Romagnosi expulsado de la Universidad, y ya viejo y enfermo tenido en prisión por el gobierno austriaco; de Vicente Borelli, ahorcado en Médena con Ciro Menotti; de Daniel Manin, el defensor de Venecia en 1849, hasta nuestros días, con Santiago Venezian, caído en 1915 en el Carso a la cabeza de su batallón, símbolo al mismo tiempo de todos nuestros colegas y estudiosos que han dado generosamente su vida por nuestra Patria. Recordad: todas las profesiones han sido llamadas a su puesto de combate: los médicos en las ambulancias y en los puestos de socorro en primera línea; los ingenieros en los puentes y en los observatorios contruídos o instaladaos bajo la metralla; los físicos y químicos para la busca y el uso de los medios de ataque y defensa de estas guerras en que se lucha en la profundidad tenebrosa de los mares y en las regiones etéreas de los cielos. La clase de los abogados y de los estudiantes de Derecho parecía la menos afortunada, con su fama de ser experta en combatir solamente en los campos de la dialéctica y de la retórica, utilizando como armas las palabras sonoras. Pues bien, estas escuadras se han acercado a las trincheras y han dado generosamente su sangre y su vida por la Patria, constituyendo el nervio poderoso de ese admirable cuerpo de oficiales provisionales, pero dignos de competir en valor e inteligencia con los colegas profesionalmente formados, con los cuales es posible encuadrar millones de hombres y conducirlos a la victoria. Y a través de esta evocación de heroicas virtudes militares mostradas en nuestra juventud por abogados y futuros abogados, merece destacarse un episodio reciente, que lo reseño como me fué referido por un colega nuestro, elegantísimo escritor y que lo presencié siendo en cierto modo copartícipe. Se discutía en el Tribunal de Justicia una causa grave y hablaba apoyando su recurso un abogado, entre los más valerosos. Hablaba aunque poco antes había recibido una noticia, en que se le anunciaba que un hijo suyo herido en el frente, se encontraba en un hospital de sangre gravemente herido. Padre amantísimo, era explicable la angustia de su alma; pero estaba allí donde le reclamaba una defensa inaplazable, esto es, el cumplimiento de un deber, y procedía con una claridad y eficacia que no hubieran podido ser mayores si hubiera hablado un hombre comple-

tamente sereno. Entre los jueces, había uno con el rostro pálido y enflaquecido que escuchaba con una atención intensamente recogida; era también un padre, al que había llegado aquel mismo día la noticia de la muerte de su hijo caído gloriosamente en el campo de batalla, cara al enemigo.

Esta devoción en el cumplimiento de un deber que puede llegar hasta la abnegación total de sí mismo y de los sentimientos más queridos, participa de la misma naturaleza de esa virtud que Cristo quiso para aquellos que le seguían, porque sólo así triunfaría Su fe. Y es que verdaderamente, la esencia de la moral cristiana, por lo que se opuso a todo el mundo antiguo y cambió de raíz la misma concepción de la vida, está en la subordinación de todos los bienes, de todos los intereses, hasta de la misma vida, al servicio de una idea, de una fe, fuera y por encima de uno mismo.

★ ★ ★ ★ ★